

# 4-2018

## Boletín de Seguridad y Análisis Internacional

### El odio a Occidente. Una visión fuera de nuestro contexto



Centro de Análisis y Prospectiva  
Gabinete Técnico de la Guardia Civil





# El odio a Occidente

## El mundo occidental en el espejo

*Lo que es verdaderamente nuestro, es extraño para Europa.*  
Fiódor Dostoyevski. Ruso.

### Introducción

En un análisis de inteligencia es importante conocer los motivos de los antagonistas. ¿Qué se supone que pretenden estos narcotraficantes? ¿Qué reivindica ese grupo terrorista? ¿Cuál es la motivación de aquellos “mafiosi”? ¿Cuál es la razón de que esta persona robe? ¿Por qué ha asesinado este otro?...

Pero también es importante hacer un ejercicio de empatía cognitiva, de observación de los problemas desde la perspectiva del rival. Sin esto no hay resolución sino casuística, y no resolver no es una opción deseable desde el punto de vista profesional de la Guardia Civil. Por ello vamos a intentar comentar una deriva intelectual, un aire cultural con olor a racismo que esta vez, viene desde “ellos” hacia “nosotros” y que tiene que ver tanto con el yihadismo como con el racismo, el “culturalismo” y varias clases pervasivas de terrorismo secular...

Hablaremos de *la cosificación y del odio a la idea de Occidente* y se tratará de contar una historia que viene de lejos. Pero una que podemos empezar a contar, por ejemplo, cuando hace ochenta años:

...hacia siete meses del ataque japonés a Pearl Harbor y los principales académicos e intelectuales japoneses se reunían en una Conferencia en Kyoto. Era julio de 1942 y la reunión trataba de “cómo superar la modernidad”.

El concepto de lo “moderno” en el Japón de 1942 era esencialmente similar al que tenían los talibanes en el Afganistán de 2001 y también a lo que significa hoy “ser moderno” para los seguidores del Estado Islámico o cualquiera de sus variantes yihadistas o terroristas. *Lo moderno equivalía, y sigue equivaliendo, a Occidente.*

Pero Occidente es un término tan vago como el de modernidad. Ésta es “algo europeo”, “una especialización enfermiza que ha hecho astillas la integridad de la cultura oriental” o la consecuencia de “una venenosa civilización materialista”<sup>1</sup>. Mientras que la cultura japonesa en los años cuarenta del pasado siglo se concebía como espiritual y profunda, la civilización occidental moderna se consideraba superficial, destructiva y sin raíces. Eventualmente, la discusión intelectual se resolvería en el campo militar con una aplastante victoria occidental y dos bombas atómicas sobre Japón.

---

<sup>1</sup> *The Origins Of Occidentalism*. Ian Buruma. Outlook India. 04/02/2004.

Pero esto no significó en absoluto que se hubiera llegado a una resolución del problema. El sentimiento contra la “modernidad” occidental mutó y se extendió y sigue estando -pervasivo y universal- arraigado en el espíritu tanto del Japón actual como en el de muchos otros países.

## ¿Cómo piensan los otros?

Es muy posible que sea un comportamiento biológicamente prefijado en los humanos el hecho de dividir a las personas grupalmente entre “nosotros” y “ellos”. Tal vez por eso vemos a nuestros congéneres como extraños en cuanto varía un poco el color de su piel o el acento de su voz.

Hay muchos “expertos” que achacan el radicalismo a factores de pobreza, integración social u opresión externa, o cualquier otra amalgama de factores... Pero sus explicaciones no son convincentes puesto que no explican sino casos particulares. Una corriente más profunda puede verse si observamos que, como en el caso de los japoneses o los alemanes en el siglo pasado, el culto al suicidio ritual y patriótico se desarrollaba entre los niveles culturales y económicos más altos y acomodados de sus respectivas sociedades.

Como en el llamado *orientalismo*, la mayor parte de las ideologías occidentalistas enfrentan básicamente al racionalismo de después de la Revolución Francesa contra las virtudes espirituales del pueblo o la creencia que representan.

Para los “otros” la calificación de un Occidente mecanicista puramente práctico lleva a la diferenciación social entre los “nativistas” y los “modernizadores”:

- Los primeros anhelan la vuelta a la pureza de un pasado imaginario -el divino emperador, el califa de las naciones, el rey-dios del imperio del centro, etc.-
- Los segundos son iconoclastas y ven la tradición como un impedimento para la modernización -un buen ejemplo de esto y también de occidentalismo convencido sería, por su relativo éxito, Mustafá Kemal Atatürk en Turquía-.

El *orientalista* típico del siglo XIX proyectaba una visión exclusiva e inmutable del mundo no europeo. En su mayor parte veía a los africanos o gentes “tropicales” como “hijos de la naturaleza” con una devoción infantil por reyes-dioses o jefes sabios. Para él, Oriente era un constructo realizado a partir del estudio de las lenguas y los textos que no tenía que ver con las personas que actualmente vivían allí -de hecho, hitos como la cultura del valle del Indo o la escritura cuneiforme fueron redescubiertos por occidentales y por supuesto, interpretados desde su ideología-. Conceptos como hibridación o multiculturalismo eran un anatema en este marco ideológico.

Las pocas naciones que habían evitado el dominio occidental, como Japón o China, acabarían asimilando las ideas del “otro”, pero para mantenerlo fuera. Sin embargo, ¿cuáles eran esas ideas? Porque la opción era o un universalismo globalizador brutal, o su contrario no menos letal: el nacionalismo étnico o la religiosidad puritana.

La cuestión para estas naciones era cómo modernizarse sin convertirse en réplicas baratas de Occidente. Avanzar y progresar sin dejar a la cristiandad y al imperialismo liberal entrar como una fuerza de corrupción espiritual.

Con estas premisas no fue una sorpresa que el socialismo soviético entrara a formar parte de las sociedades árabes, latinas o asiáticas a mediados del pasado siglo. La promesa de liberación que esta ideología ofrecía era científica; no religiosa o cultural. El Estado socialista fue la manera, para muchos países y ex colonias, de modernizarse sin recurrir a los modelos de desarrollo capitalista de las antiguas metrópolis. Este camino fue explorado en Sudán, Egipto, Cuba, Chile, Nicaragua, Vietnam, Corea del Norte, Irak, etc...

Al final, las formas más violentas de occidentalismo nacieron del fracaso socialista o del nacionalista... Desde aquí surgirían las promesas que ofrecían el maoísmo, el neofascismo o la venganza de al-Qaeda.

## Evolución

Nos encontramos en este punto de la historia ante un fenómeno novedoso. Las políticas imperiales siempre han encontrado algún tipo de rechazo entre los sometidos; desde los sumerios a los persas, de Roma a Bizancio, del imperio español al británico..., todos encontraron un rechazo de mayor o menor grado en los territorios que ocuparon.

Pero ahora no hay resistencia intelectual. En mayor o menor medida todos los habitantes de los países del mundo son europeos. Se acepta el orden político como una variable externa, aunque se considera a Occidente y su expresión política -la democracia liberal- como una cultura superficial de mercaderes que no están interesados en otra cosa que no sea la satisfacción de sus deseos individuales, todo el mundo discrepa y resuelve sus conflictos en el marco de los valores de Occidente.

El occidentalismo se muestra también, por ejemplo, en el hecho de que muchos de los líderes que han enarbolado la bandera contra el imperialismo y la cultura occidental han sido al fin y al cabo, un producto del mundo al que combatían -por ejemplo, Pol Pot se educó en París y Ho Chi Minh hizo lo propio entre Francia, Estados Unidos y Reino Unido-.

Fue en el siglo XIX cuando, ante la aparente supremacía del ejército popular de Napoleón y sus pretensiones civilizadoras universales, los intelectuales alemanes reaccionaron; su *Kultur* y su idealismo romántico nacionalista serían su *leitmotiv*. Para ellos en ese momento, Occidente estaba representado por los valores republicanos franceses<sup>2</sup>, sus leyes, su literatura, su racionalismo y su Ilustración. Y por eso reaccionaron con su propio *Sturm und Drang* del que, al final, surgiría un Estado guerrero que defendía la disciplina marcial, el autosacrificio y el heroísmo. La idea de que Alemania era diferente -el Imperio del centro- separado de “la civilización occidental” y más allá de las fronteras de lo que fue el Imperio Romano significaba, de

---

<sup>2</sup> *Handler und Helden: Patriotische Besinnungen*. Werner Sombart. Leopold Classic Library. 2015. Un paradigma del occidentalismo europeo.

que “el pensamiento y el sentimiento alemanes se expresaban en primer lugar en todo aquello que significara un rechazo a lo que representara el pensamiento y el sentimiento inglés o europeo occidental”<sup>3</sup>.

Mientras, en Rusia se producían ataques contra el pretendido racionalismo occidental. Los eslavófilos traían a un primer plano las cualidades espirituales únicas del alma rusa. Como muchas otras corrientes, esta se basaba en el romanticismo alemán del XIX. Curiosamente, mientras que para Pedro el Grande el barrio occidental de Moscú significaba el barrio alemán, para Alemania el modelo a seguir en ese tiempo era el francés, porque era la esencia de la idea occidental; poderosa, sugerente y amenazante. Al final, en aquellos momentos, Oriente siempre seguía a Occidente.

China es un buen ejemplo de asimilación selectiva. Siendo el centro del mundo, el desafío que le planteó Occidente en el siglo XIX era tanto de orden político como espiritual. Pero China, como Japón, encontró su fórmula de superación en la aceptación del conocimiento occidental para las cuestiones prácticas mientras mantenía su tradición en los asuntos espirituales y morales. Este modelo y propósito persiste hoy en día.

En cambio, para demasiadas personas en Asia, en América, en África y en Oceanía -para la Antártida tendremos que esperar unos años, hasta que se derrita el hielo- la idea de Occidente significaba, y significa hasta cierto punto hoy en día, el colonialismo. Pero se trata de la idea de unos colonialistas débiles que han triunfado por el azar histórico, debiendo aceptarse que las grandes potencias imponen su voluntad por la fuerza.

Como puede deducirse de las entrevistas a los talibanes que operaban en la frontera afgano-pakistaní “a los americanos les gustaba la buena vida mientras que ellos ‘amaban la muerte’”<sup>4</sup>. Es una percepción extendida de un Occidente blando, enfermizo y decadente, adicto a los placeres hedonistas. Esta fue también la razón de que los japoneses en su último esfuerzo de guerra pensarán que los aliados todavía podían ser derrotados, pese a su superioridad material aplastante, por la determinación del espíritu superior japonés, representado por los ataques kamikaze. Un último esfuerzo que las democracias occidentales nunca harían y que no serían capaces de tolerar.

De un modo similar al que los japoneses tradicionalistas o los intelectuales alemanes del siglo XIX habían adoptado, los círculos musulmanes de los países colonizados observaron las ideas occidentales como algo perverso, pero algo construido como una idea externa, una alienación del extraño.

Jalal Al-e-Ahmad, un escritor, pensador y crítico político y social iraní del siglo XX, acuñó el término *gharbzadegi* -de difícil traducción, pero identificable con un concepto que conlleva enfermedad- que podía equipararse a “occidentalitis”, “euromanía” o “occidentosis”. La expresión se popularizó desde los años cuarenta del pasado siglo y expresa un sentir con amplio calado entre la población en general.

---

<sup>3</sup> Werner Sombart. op. cit. pp. 55.

<sup>4</sup> *Occidentalism. The West in the eyes of its enemies.* Ian Buruma y Avishai Margalit. The Penguin Press. 2004, pp. 44.

## Occidentalismo

Todos los imperios coloniales han justificado a su manera sus acciones a través de una supuesta “misión civilizadora”. En realidad no se trataba de otra cosa que de dinero y poder. Pero Roma diría que llevaba la civilización y la misión española era cristianizar, Holanda e Inglaterra tenían intereses comerciales y Francia estaba convencida o argumentaba a favor de que sus colonias se beneficiarían de una ilustración universalista. También Estados Unidos pretende que lleva valores democráticos al resto del mundo, siempre que éste tenga recursos económicos aprovechables... En realidad, todos los imperios se han visto a sí mismos como agentes civilizadores en oposición al barbarismo de la cultura local.

Pero en la actualidad desde la descolonización en los sesenta del siglo pasado los países occidentales no ocupan territorios -salvo casos puntuales y de modo temporal- aunque esto no quiere decir que no ejerzan su influencia de otros modos. Pese a ello, Occidente genera mucha más envidia y resentimiento entre quienes consumen su cultura y sus bienes materiales que entre aquellos que no se ven afectados por el mismo. Basta considerar que los asesinos del 11 de septiembre de 2001 eran jóvenes educados que habían pasado un tiempo importante de sus vidas en Occidente y habían participado de nuestra cultura común.

Desde el siglo XIX cuando China fue humillada en las guerras del Opio, Egipto fue convertido en protectorado británico para garantizar el pago de sus deudas y Japón fue obligado a comerciar forzosamente, bajo el bombardeo de Tokio por los cañones del comodoro Perry, la intelectualidad japonesa fue consciente de que su supervivencia dependía del estudio y aplicación de las ideas y la tecnología que habían dado a Occidente su preeminencia. El lema de la restauración Meiji fue “Civilización e Ilustración” en lo que es uno de los mayores tributos a las ideas de la Revolución Francesa. La transformación dio sus frutos: Japón fue la única potencia asiática no colonizada y para 1905 era una de las grandes potencias capaz de derrotar sin paliativos a Rusia en una guerra moderna.

En Japón se dieron entonces las circunstancias para odiar todo lo asociado al mundo occidental, ejemplificado por los Estados Unidos de América. Esta idea sigue siendo igualmente atrayente en la actualidad tanto para personas de Asia como para los radicalistas islámicos o los nacionalistas chinos y los anticapitalistas en el propio Occidente.

El occidentalismo puede ser visto como una expresión de amargo resentimiento hacia una exhibición ofensiva de superioridad por parte de un Occidente que se basa en la supuesta superioridad del pensamiento racional. Mucho más grave que el imperialismo militar es el imperialismo cultural impuesto por la extensión de las ideas y creencias occidentales. Del racionalismo o el cientifismo o la fe en la ciencia como única forma de llegar al conocimiento.

La idiosincrasia de los países occidentales es considerada frecuentemente por los otros, “los de fuera”, como algo estúpido. Como una mente sin alma pero eficiente, como una calculadora, pero sin esperanza de hacer lo que es verdaderamente importante para el ser humano. Sí, Occidente es capaz de avanzar económicamente y de desarrollar tecnologías avanzadas pero no puede entender las cosas más importantes de la vida,

porque no tiene la espiritualidad necesaria ni la sensibilidad para entender el verdadero sufrimiento humano.

En la concepción de los occidentalistas, Occidente es una idea interrumpida. Buena para encontrar el camino óptimo a un objetivo pero, finalmente inútil para encontrar el camino honesto y relevante. Su racionalidad es buena para buscar los instrumentos pero aporta muy poco para la búsqueda de los objetivos justos.

Por supuesto, diferente gente tiene distintas razones para odiar a Occidente. No se trata exclusivamente de renegar del imperialismo estadounidense o de racionalizar las reivindicaciones del radicalismo islámico. El desagrado por ciertas características de la cultura occidental es compartido por mucha gente en todo el planeta aunque esto raramente se manifiesta de forma violenta o revolucionaria. El descontento con la cultura popular occidental, con el capitalismo global, con la política exterior estadounidense y europea, con las grandes metrópolis y la liviandad sexual no son por sí mismos los causantes únicos del deseo de declarar la guerra contra los países de Occidente.

Las protestas y las actitudes confrontacionistas no se refieren exclusivamente a las políticas de Estados Unidos y Europa sino a la idea de Occidente en sí misma. Considerado como un todo global, sin raíces, cosmopolitano, superficial, trivial, materialista, con una gran mezcla racial, adicto a la moda, etc... Se trata de un concepto análogo al *Amerikanertum* expresado por Heidegger<sup>5</sup>.

Pero esta actitud contestataria no debe confundirse con el occidentalismo per se. Este no es sino la reducción de una sociedad en su conjunto a una idea que caracteriza a Occidente como una masa de parásitos impersonales, decadentes, sin raíces, sin fe ni sentimientos que sólo se dedican a la búsqueda del interés monetario. Algo que se puede convertir en objetivo legítimo del ataque, ya sea militar convencional o terrorista o de cualquier otro tipo. Si bien esto es un producto de los prejuicios no es menos cierto que cuando se caracteriza a los otros como algo menos que seres humanos se abre la puerta a la destrucción de las personas.

## Globalización y las palabras

Wittgenstein era un *mischlingen* y tal vez por ello fue un hombre excepcional. Fue alguien que nos hizo reflexionar sobre las palabras y su significado. Un inmigrante que nos puso en guardia en relación a determinadas cosas que ni siquiera existían en su momento. Supongo que estaríamos de acuerdo en lo que sigue:

La cultura popular, los medios de comunicación y la masificación urbana se han asociado con el ideario occidentalista y su idea abstracta del mundo -aunque estos fenómenos han ocurrido siempre y en otras partes del mundo, como China-. Pero para una juventud ociosa viviendo en páramos culturales, la globalización -una manifestación de la hegemonía occidental- puede ser tanto una fuente de seducción como de humillación constante. Para algunos, simplemente es otra palabra para decir "imperialismo".

---

<sup>5</sup> A *genealogy of anti-Americanism*. James W. Ceaser. The Public Interest. 3/2003.

Estas ideas pueden verse en ambos lados del espectro político. En defensores, entre otros, de Hitler y Mussolini, de Mao y Stalin o de Margaret Thatcher. Por ejemplo, para muchos yihadistas la apatía, la tendencia al compromiso y el hedonismo occidentales son vistos como síntoma evidente de decadencia. Como una idea abstracta, como una alienación en el occidentalismo.

En otro frente, las creencias en el progreso, el derecho y la razón, profundamente imbricadas en la Ilustración y la Revolución Francesa, se atribuían tanto a judíos como a masones o franceses y americanos de finales del XVIII. Si nos retrotraemos a los años treinta del siglo anterior; los judíos, América, Francia y la Gran Bretaña eran los objetos del resentimiento. La Alemania nazi, como nuestros islamistas actuales, estaba en guerra con todos ellos. Esto no es otra cosa que una manifestación del Occidentalismo desde el centro del continente europeo.

Lo paradójico es que el concepto de “occidentalismo” surge de ideas europeas. El nacionalismo étnico pangermánico -que inspiró el panarabismo del Partido del Renacimiento Árabe Socialista (Baaz) en Irak, Siria, Yemen, Argelia y otros países-combinó y reinterpretó las tradiciones locales con las ideas radicales europeas. El imperialismo, la arrogancia, la secularización, el individualismo y el papel central del dinero en la ciudad pecaminosa de occidente nos lleva a ideas de castigo y redención muy comunes en la mitología religiosa -Babilonia, Sodoma... y Roma, “madre de prostitutas y de todas las abominaciones sobre la tierra”<sup>6</sup>.

Al tiempo el comercio, tan antiguo como la civilización, es un viejo invento pero el moderno capitalismo no lo es. La globalización de bienes y capitales puede ser vista desde la óptica de quienes defienden la tradición, la cultura y la fe, como una conspiración cuyo objetivo es destruir lo que es auténtico y espiritual en su cultura. Como occidentalismo. Éste, con su democracia liberal, pretendidamente resuelve los conflictos mediante la negociación y el compromiso. Pero esto es algo que por definición, es cobarde, mediocre y corrupto.

En este sentido la destrucción de las Torres Gemelas en 2001 fue un éxito de un ataque que, a la par de real, era fundamentalmente simbólico. Los yihadistas eligieron específicamente sus objetivos de venganza -las Torres Gemelas, el Pentágono y la Casa Blanca- para atacar el núcleo de las instituciones que representaban el imperialismo y el capitalismo global, todo lo que es odioso para el guerrero sagrado que lucha contra la moderna Ciudad de los Hombres, depravada, inhumana y lujuriosa. Es decir, contra la idea de Occidente.

La geopolítica imperial alcanzó su cenit en la segunda mitad del siglo XIX pero la explosión científica, industrial y comercial provocó que el imperio continuara en el tiempo por otros medios. Las potencias eran ahora gigantes mercantiles motivados por la persecución de la riqueza más que por la conquista militar o la difusión misionera de la palabra de Dios. Se crearon redes financieras y de paraísos fiscales para hacerse con la riqueza de los países<sup>7</sup>. Y esta riqueza monetaria ha disuelto al final las diferencias entre credos y razas en algo llamado “el mercado”.

---

<sup>6</sup> *Apocalipsis* 17,5.

<sup>7</sup> *The Spider's Web: Britain's Second Empire*. Michael Hudson. Dandelion Salad. 23/09/2018.

Por norma, en conspiración con las elites<sup>8</sup>, la occidentificación es una enfermedad que surge de prejuicios nacidos en el propio Occidente. Consiste en el odio hacia “una cultura superficial, materialista, mediocre y sin raíces...”. Los pensadores japoneses que defendían esta visión no estaban muy lejos de los intelectuales europeos que, en los años treinta del siglo pasado, mostraban los prejuicios de los intelectuales urbanos desplazados en un mundo netamente comercial. Tampoco estaban lejos de las ideas del jeque Osama bin Laden<sup>9</sup>.

Los radicales de la Rashtriya Swayamsevak Sangh (Organización Patriótica Nacional) hindú acogieron las ideas fascistas de los años veinte del siglo XX y las adaptaron e integraron en sus propias prácticas religiosas. Considerar este nacionalismo radical hindú como algo tradicional de la cultura india sería tan absurdo como considerar las tácticas kamikaze como algo tradicional de Japón. Y sin embargo, existían.

En la cultura tradicional japonesa el suicidio ritual era una realidad entre la casta de los guerreros pero -sólo entre los samuráis- nunca era un acto de guerra sino una expresión de expiación del deshonor. Los ataques *kamikaze* son algo que sólo se adquirió tras el contacto con el cristianismo europeo y tras hacer una síntesis malabar entre diosa del Sol (Amaterasu Okami, en el sintoísmo estatal) y el emperador -káiser, generalísimo o papa sintoísta...- la más alta divinidad viviente.

Pero tengamos esto en cuenta: el papel divino del emperador era algo nuevo y una consecuencia del contacto con Occidente. Morir por él hubiera sido considerado extremadamente incongruente antes del siglo XX, nos hallamos ante un ejemplo de adopción de ideas occidentales que no son realmente de Occidente. Pero en la visión occidentalista sí lo son.

Lo cierto es que sin la influencia de las ideas europeas, ni los radicales del RSS hindú, ni los *shahid* iraníes, los Tigres Tamiiles, las unidades Tokkōtai o kamikazes japonesas, ni los mártires de Hezbolá<sup>10</sup>, habrían sido posibles *de la forma que en que lo fueron*. Finalmente, eran y son un producto del contacto con occidente y del occidentalismo.

## Occidentalistas musulmanes

Los yihadistas del 11 de septiembre de 2001 tenían muchas semejanzas con los kamikaze japoneses. Y como en el caso japonés, su lenguaje e ideología estaban muy alejadas de la corriente principal del islam; el sacrificio ritual no es una tradición musulmana como tampoco lo era en el Japón imperial.

Aunque la guerra santa siempre se ha justificado en defensa del Estado islámico, la glorificación de la muerte como martirio nunca formó parte de la tradición sunita -a diferencia del mártir cristiano que sufre por su fe, el musulmán (*shahid*) es un guerrero activo que muere en combate, pero no está permitida la muerte gratuita sin efecto en el enemigo con el único objetivo de alcanzar la salvación-.

---

<sup>8</sup> No se trata de una conspiración explícita alegal o ilegal, sino más bien de una confluencia de intereses.

<sup>9</sup> *Statement From the Family of Osama bin Laden*. The New York Times. 10/05/2011.

<sup>10</sup> *Hezbolá, de guerra a guerra una década después*. Natalia Sancha. El País. 15/08/2016.

El concepto de un terrorista independiente que puede entrar en el paraíso por matar a civiles desarmados es una invención moderna -aunque como muchas otras tácticas tiene raíces históricas- que surge a nivel práctico en los setenta y ochenta en la guerra entre Irán e Irak y posteriormente, en la resistencia palestina a la ocupación de Israel. Pero, fuera del contexto, ni el islam ni el cristianismo son cultos a la muerte o, al menos, al asesinato.

En realidad los llamamientos a la guerra santa desde el siglo XIX son un producto político como consecuencia del hecho de que las élites de los países musulmanes empezasen a adoptar las ideas europeas de leyes seculares y de gobiernos constitucionales. Los Hermanos Musulmanes, desde su origen en los años veinte del siglo XX, siempre fueron una reacción a la influencia colonial y al dominio occidental. Su lema era “el islam es la solución” pero ¿qué otra cosa podían decir frente a las potencias coloniales y su contraparte posterior, el nacionalismo árabe impulsado por Gamal Abdel Nasser y adláteres?

El terrorismo suicida y las tácticas kamikaze fueron reinventadas por los iraníes en la guerra contra Irak y por Hezbolá en Líbano tras la invasión israelí. Son por tanto un producto de los ochenta del siglo pasado... Diez años después, los atentados suicidas serían empleados por los palestinos, a veces por motivos de venganza pero en muchas ocasiones como arma en una batalla entre los “combatientes sagrados” que luchan por una causa superior y un mundo ideal... frente a la idea de un Occidente decadente.

El islamismo como ideología sólo fue influido parcialmente por las ideas occidentales. Por ejemplo, la idolatría es uno de los pecados más graves desde el punto de vista del islam -originario del judaísmo, también lo es en el cristianismo<sup>11</sup> aunque los católicos romanos y ortodoxos lo han obviado integrándolo en su liturgia con la adoración de santos, vírgenes y todo tipo de reliquias- y los regímenes políticos modernos en el mundo musulmán son vistos por los islamistas radicales (no sólo de modo político sino también teológico) como idólatras o *tajhil*.

Esto es algo que también se aplica al principal agente que apoya y sostiene a esos regímenes: el idólatra y blasfemo Occidente. Nuestro secularismo occidental no se ve desde fuera como el fin de la religión sino como un culto idólatra a falsos dioses -como la riqueza y el bienestar material- realizado por individuos egoístas que persiguen su propio interés.

Aunque es posible ser un crítico de Occidente sin recurrir al occidentalismo, como por ejemplo hace la corriente del pensamiento islámico llamada *tawhid* que unifica sin recurrir a agentes exteriores; lo cierto es que los radicales islamistas anhelan la unidad de la comunidad de creyentes (*Umma*) y definen a la humanidad en su conjunto no por su raza, o nacionalidad, sino por su fe.

Hay que considerar aquí la distinción entre los islamistas políticos y los islamistas puritanos. Los políticos, al igual que los democristianos y sus variantes en Europa y Estados Unidos, están interesados en acceder al poder y establecer un Estado guiado por sus principios. Los puritanos quieren en cambio establecer una moralidad

---

<sup>11</sup> *No os haréis ídolos, ni os levantaréis imagen tallada, ni pilares sagrados, ni pondréis en vuestra tierra piedra grabada para inclinaros ante ella; porque yo soy el SEÑOR vuestro Dios. Levítico 26:1.*

colectiva y odian por definición la manera de vivir occidental porque ofende su sensibilidad moral y religiosa. Ninguno de ellos tienen por principio el recurso a la lucha armada o al terrorismo.

Por ejemplo, en Argelia y Marruecos después de las guerras de independencia, una tradición popular como el velo para las mujeres se extendió a las clases altas y a la burguesía urbana. Pero no era una involución. Se trataba de un mensaje nacionalista basado en el islam. Puesto que Francia representaba a Occidente, la potencia colonial; el velo significaba oposición a Francia.

En la actualidad también debemos ver así las cosas muchas veces. No se trata sólo de una tradición o de una identidad *per se*; en ocasiones ciertas actitudes constituyen un símbolo de la oposición a la idea de Occidente.

Sin ir más lejos, el wahabismo saudí, una corriente político-religiosa en el islam con una fuerte acepción puritana y radical, se exporta desde Arabia Saudita como una ideología que en su esencia es un credo absolutamente occidentalista, conceptualizando y enfrentando la idea que Occidente representa.

En el mundo musulmán la lucha queda así planteada entre la cultura del islam, al servicio de Dios, y la cultura de *Jahiliyyah*, al servicio de necesidades físicas que degradan al ser humano al nivel de los animales. Mientras se gobiernen por las mismas leyes seculares, todas las sociedades formarán parte de la *Jahiliyyah* -la cultura que se aparta de Dios-.

## Conclusión

*Cuando un oriental viaja a Occidente o un occidental viaja a Oriente, cada uno es consciente de haber cruzado una frontera social, una más real que las fronteras geográficas o las distinciones del lenguaje, nacionalidad o raza.*

Ruth Frances Woodsmall.

El movimiento revolucionario islamista que actualmente supone una amenaza en muchas partes del mundo no existiría de no haberse reproducido en los regímenes socialistas nacionales en Egipto, Siria, Libia, Sudán, Irak o Argelia. El mundo árabe encontró a Occidente por primera vez en el eco de los cañones de la Revolución Francesa. Para los nacionalistas y revolucionarios árabes los jacobinos eran los héroes. Los modelos occidentales posteriores -el fascismo, el nazismo, el comunismo soviético...- no fueron de gran ayuda para cambiar las ideas.

Todos los “ismos” llevan al final a una visión maniquea del mundo que diferencia a “nosotros” de “ellos”. Desde el punto de vista del Occidentalismo, “ellos” son las superpotencias occidentales que adoran el bienestar físico y cuya religión es el materialismo. Mientras, “nosotros” representan la espiritualidad profunda y el bien. En términos religiosos, la lucha contra Occidente es un drama cósmico en el que se enfrenta el bien contra el mal.

Los extremos se tocan y los extremismos en occidente y en oriente también lo hacen. El racionalismo europeo está enlazado con el celo religioso del fundamentalismo

islamista. Muchas revueltas contra el imperialismo occidental han tomado prestadas las propias ideas occidentales. Los asuntos religiosos se utilizan por todas las partes.

Pero los enemigos más persistentes de nuestra organización social y cultural son seculares: el occidentalismo, igual que su contraparte orientalista, es peligroso cuando se utiliza para obtener poder político. Cuando la ideología de un régimen se concentra en el odio a la civilización occidental entonces las ideas pueden llevar a acciones de graves consecuencias.

Ya sea inspirado o no por la religión, se ofrece a la población un concepto de identidad y de sentido espiritual que al final acabará forzosamente con las libertades políticas, religiosas e intelectuales. Esto lo ofrece todo aquel que concibe un Occidente propio, una idea ajena, una entelequia a la que enfrentarse.

Puede entenderse. Pero entender no es justificar, del mismo modo que perdonar no es olvidar. Aunque sin comprender a aquellos que odian a Occidente no podemos albergar la esperanza de impedir que destruyan la civilización que les acoge, no por ello vamos a rendir la bandera. Occidente, visto desde el punto de vista de sus enemigos, representa una amenaza porque ofrece un sistema alternativo de valores y un camino distinto. Promete desde su visión, un bienestar material y una libertad individual de una naturaleza anti utópica, filistea y anti heroica. Sin embargo es débil y su debilidad emana de que, garantizados sus derechos y libertades, demasiada poca gente está preparada para defenderlos.

La cuestión es: cómo proteger la idea de Occidente -es decir, de la democracia liberal y de los derechos humanos - contra sus enemigos.

No se trata de blindar a nuestra sociedad contra sociedades antagónicas o enemigas envueltos en corazas ideológicas defensivas. Aquí no se puede combatir la intolerancia con la intolerancia, porque enfrentar el fuego con el fuego tiene una gran probabilidad de acabar con un mundo ardiendo. Y tras la confrontación solo quedará un montón de cenizas... y entonces seguramente no quede ya nada que defender.



## Lecturas adicionales

*Occidentalism. The West in the eyes of its enemies.* Ian Buruma y Avishai Margalit. The Penguin Press. 2004.

*Orientalism.* Edward W. Said. Vintage Books. 1979.



Todas las imágenes y contenido multimedia contenidos en este boletín son de libre uso. Preferentemente obtenidos del contenido Wiki Commons y, cuando no se indique lo contrario, sujetos a licencia en los términos.



O bien,



Boletín de actualidad internacional por Centro de Análisis y Prospectiva se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/).

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/> o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

<http://es.creativecommons.org/licencia/>



**Reconocimiento (Attribution):** En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia hará falta reconocer la autoría.



**No Comercial (Non commercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.



**Compartir Igual (Share alike):** La explotación autorizada incluye la creación de obras derivadas siempre que mantengan la misma licencia al ser divulgadas.